



LA ROCA DE IS

ELIA BARCELÓ

edebé

periscopio

LA ROCA DE IS

ELIA BARCELÓ

LA ROCA DE IS



edebé

© Elia Barceló, 2003

© Ed. cast.: edebé 2011

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte

Diseño de cubiertas: César Farrés

Fotografía de cubierta: Images Jupiter Corp.

Primera edición en este formato, septiembre 2011

ISBN 978-84-236-6085-8

Depósito legal: B. 19056-2011

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Nota al lector

Nunca se sabe bien dónde empieza una historia. Ni dónde acaba. Las historias, que son reflejo de la vida, tienen sin embargo una vida propia que no está sólo en el papel, prendida a los garabatos negros que forman las palabras. Las historias viven, sobre todo, en la mente de su autor y en la de sus lectores. Es allí donde nacen, crecen y se desarrollan, como los seres vivos. Ningún texto se ilumina hasta que es leído y cada lectura es diferente de las demás, aunque todas se parezcan en muchos detalles.

El libro que tienes ahora entre las manos está compuesto por dos historias principales relacionadas entre sí a través de mil años de distancia. La de Enye tiene lugar en el siglo IX, en un poblado vikingo. La de Sara, en nuestros días, en una excavación arqueológica. La lectura podría haber empezado por cualquiera de ellas. En ambas hay incógnitas y misterios; en ambas, respuestas y soluciones.

Cada lector debería poder elegir su camino. Puede leerlas una tras otra en el orden en que figuran, o al revés o leerlas intercaladas, interrumpiendo la lectura a voluntad, combinando escenas de las dos historias. De cualquier modo, al terminar el libro, todo se ordenará en su mente en un recuerdo unitario. Es el poder que tienen las historias, la magia que poseen las palabras para crear mundos que existieron o pudieron existir. He tratado de ser fiel a la verdad histórica y a la otra

verdad, más importante para mí, la literaria. He tratado de contar una historia mostrando a la vez cómo se crea una historia. El resto está en el lector. En ti, que ahora sostienes este libro y estás en mi mente como yo en la tuya.

Te deseo feliz travesía y larga vida; y que, como decían los guerreros vikingos, cuando venga la muerte, te halle riendo.

E.B.

Historia de Enye

OTOÑO-INVIERNO 870-871 a. D.

—¡Bruja! ¡Bruja! ¡Enye es una bruja! ¡Enye es una bruja! ¡Enye es una bruja! ¡Bruja! ¡Bruja!

Enye se había tapado las orejas con las manos y había echado a correr colina arriba para no oír lo que los otros estaban diciendo, pero incluso en el límite del bosque y ensordecida por su propia respiración jadeante por el esfuerzo, las voces de los chicos sonaban lo bastante claras como para entender las palabras. Había días en que podía jugar tranquilamente con todos ellos sin que nadie hiciera mención a su pelo rojo ni a su maestra. Los días malos, en cambio, hasta sus amigas se contagiaban de la cantinela y a los pocos minutos todo el mundo estaba llamándola bruja. Lo hacían en broma, decía su madre, pero el caso era que en broma o en serio aquello dolía, dolía tanto como para tener que ir a esconderse al bosque y querer arrancarse el cabello a puñados y desear haber nacido tonta, como todas las demás, que después de haber sido examinadas por Rutschka habían sido dejadas de lado.

Entre quince niñas y muchachas disponibles, Rutschka sólo había tomado a dos: a Rya, un ratoncillo que no se separaba de las faldas de su madre, y a ella. Y eso quería decir que era mejor que todas. Que era más lista. Que era diferente. Que algún día sería enviada a Is.

Alcanzó la fuente de las ofrendas y se sentó en su roca favorita, tan cerca del agua que las salpicaduras la empaparían si se quedaba mucho tiempo. Pero no quería quedarse mucho tiempo, sólo pretendía alejarse de las voces, de la compañía de los que no comprendían lo que significaba haber sido elegida para Is. Metió la mano en el agua y empezó a moverla suavemente tratando de atraer la atención de alguna de las carpas sagradas mientras se entregaba a su ensoñación favorita: el momento en que emprendería viaje a Is vestida como una reina en la proa de la Nave de los Muertos, enhiesta como un mascarón, velada, guardiana del reposo del héroe, conductora de su alma hasta la Roca de Is, donde esperarían sus hermanas para recibirlos; hermosas, perfumadas, cubiertas de joyas y ricos tejidos, cantando una canción de bienvenida. Y ella, Enye, subiría los enormes peldaños tallados en el monte hasta llegar a la explanada final donde esperaría Dahud, la Alta Señora, para estrecharla entre sus brazos y acogerla en la comunidad de santas mujeres de la que a partir de ese momento formaría parte.

Con un suspiro, sacó la mano del agua. Habría querido bañarse, como hacía algunas veces en primavera y en el verano a pesar de que sabía que estaba prohibido, pero el agua estaba demasiado fría. De algún modo sabía que ella podía bañarse en la fuente,

que en su caso no era una trasgresión o, de serlo, era una trasgresión muy pequeña. Ella era una elegida, una mujer marcada para la santidad. Ella no se casaría, como las otras, no llevaría hijos en su vientre, no arreglaría casamientos al caer la tarde entre el huso y el telar. Y eso que movía a lástima a las viejas al verla, que le valía algún que otro dulce recién hecho y una caricia en la cabeza, a ella la llenaba de orgullo y de impaciencia. En esos momentos le daba igual que la llamaran bruja, que Rutschka la tratara con brusquedad cuando no era lo bastante rápida o lo bastante obediente, que los muchachos le sacaran la lengua, que sus hermanas le tuvieran envidia. Sin embargo, aún tendría que esperar, quizá muchos años.

Miró hacia arriba, al pedazo de cielo grisáceo de principios de otoño que se recortaba como un trozo de tela entre la gloria de los árboles rojos y amarillos. Pronto llegaría el invierno y todo se cubriría de nieve y de oscuridad; entonces vendría el tiempo de trabajar frente al hogar de Rutschka aprendiendo a concentrarse, a ver lo que no podía ser visto, a escuchar lo que se decía al otro lado del pueblo, a secar hierbas, a preparar pócimas, a guardar en la memoria todo lo que era demasiado secreto para confiarlo al pergamino. Y quizá este invierno empezaría a escribir. Sintió un escalofrío de emoción al pensarlo. Nadie más que Rutschka sabía escribir; ni siquiera Ulf, el *pater* cristiano, conocía más que unos cuantos signos que había hecho grabar en la piedra del pequeño templo que había construido sobre el acantilado con la ayuda de los Franson. Pero ella aprendería, Rutschka se lo

había prometido, aprendería y podría escribir las cosas que a veces se le pasaban por la cabeza y que después olvidaba porque no podía fijarlas en ninguna parte.

Oyó unos pasos a su espalda y se volvió sobresaltada. Dos rostros idénticos le sonreían tentativamente, dos pares de ojos clarísimos entre mechones de pelo casi blanco, cuatro piernas largas y flacas que se habían quedado clavadas en el sitio al volverse ella. Los gemelos de Setwa.

—No podéis estar aquí si no venís a traer una ofrenda —sin proponérselo su voz sonó autoritaria, como de vieja mandona.

Los gemelos intercambiaron una mirada. Uno de ellos avanzó un paso:

—Es que hemos venido a traer algo —sonaba desafiante y a la vez temeroso, como si estuviera arriesgando más de lo que habría querido—. Mira —y adelantó la mano para mostrar un pajarillo atravesado por un dardo.

Ella se levantó de la piedra y se apartó para dejar que los muchachos se acercaran a la fuente. El que no había dicho nada la miraba con un principio de sonrisa divertida, pero siguió en silencio. El otro giró la cabeza por encima de su hombro y dijo como de pasada:

—Eres muy guapa, a pesar del pelo rojo. Cuando seas una mujer me casaré contigo.

Enye sintió como si una ola hecha de rabia pura naciera en el fondo de su estómago y subiera por su garganta hasta rompersele entre los labios:

—¡Yo no estoy destinada a casarme, estúpido! ¡Yo he sido elegida para Is!

El muchacho, acuclillado junto a la fuente, levantó la mirada hacia ella:

—Entonces tendré que ir hasta allí.

—¡Ningún hombre vivo puede llegar a Is! Sería una blasfemia, sería un..., sería una... —habría querido decir «profanación», pero era una palabra que había aprendido recientemente y no conseguía acordarse—. ¡Está prohibido por la diosa!

—Veremos —su sonrisa era cada vez más amplia.

—Déjala ya, Thornstein. Mi hermano disfruta jugando con el filo del hacha, pero es buen muchacho. No habla con mala intención. Perdónalo, joven *ada* —añadió con una sonrisa que le quitaba todo el respeto al tratamiento.

Enye se dio la vuelta con un bufido y se perdió en el bosque sin destino fijo. Estaba tan furiosa que le daba exactamente igual adónde la llevara la senda, además de que los senderos que partían de la fuente eran todos transitados y los conocía desde su primera infancia. No corría ningún peligro. Los malditos gemelos le habían estropeado la calma que la fuente había conseguido devolverle. Eran... No se le ocurría ninguna palabra que fuera lo bastante fuerte para expresar lo que sentía en ese momento. Eran... insopportables, sí, intolerables, in..., in..., cualquier cosa que fuera una persona no decente. Los gemelos de Setwa. Thorn y Thornstein. Una monstruosidad viva. Un ser humano repetido dos veces en todos los detalles. No se explicaba que Rutschka les hubiera permitido vivir

a los dos. Tendría que haber salvado sólo al primero, como era costumbre y razón. Aunque su propia madre, de acuerdo con Rutschka, decía que esa costumbre era absurda y cruel, que un hijo es un hijo y no importa que nazca solo o en pareja. «Ya lo sabrás», añadía cuando notaba en su mirada que no estaba de acuerdo, «ya lo sabrás cuando crezcas y tengas un hijo y sepas lo que es querer algo que es más tuyo que tú misma». Pero ella no lo sabría nunca. No quería saberlo jamás. Eso quedaba para su madre, para Setwa, para sus hermanas y primas, incluso para Rutschka, que había tenido cuatro o cinco. No para Enye.

Llegó hasta la cima de la colina y, aunque los árboles ya casi habían perdido sus hojas, aún no se podía ver el mar, así que continuó por el sendero que llevaba al borde del acantilado. Ya que había llegado tan lejos, lo mismo daba caminar un poco más y, antes de emprender el regreso, descansar un rato mirando la despedida del sol. No le importaba desandar el camino en la oscuridad, lo había recorrido tantas veces que conocía cada piedra y cada raíz atravesada en el suelo y seguramente nadie la echaría en falta; los otros contarían que se había ido al bosque en un ataque de furia y los mayores sabían que a la hora de la cena estaría en casa. De hecho, ya empezaba a tener hambre y a pesar de que seguramente la cena no sería mucho más que un potaje de verduras y unos sorbos de cerveza, el estómago le gruñía al pensarlo. Pronto llegaría el invierno y cada vez habría menos y menos hasta que volviera a llegar la primavera. Y entonces habría leche en abundancia y sopas con mucha nata y arándanos y

frambuesas. Las frambuesas eran su fruta favorita. Durante las semanas en que había frambuesas maduras pasaba todo su tiempo libre en el bosque, recorriendo los lugares donde sabía que existían matas prometedoras y, aunque solía arreglárselas para volver a casa con la cesta llena, las que se había comido durante la recolección eran con toda seguridad el doble de las que entregaba. Cuando fuera a Is tenía que asegurarse de que, entre las ofrendas que llenaban el barco, hubiera unas cuantas matas de frambuesas para plantarlas en la isla y poder comer en el verano en recuerdo de su hogar.

Ese pensamiento la intranquilizó. Miró al sol, cuyo borde ya rozaba la línea del horizonte, rosa y púrpura, y se imaginó en el futuro sentada en una roca de Is mirando el sol poniente, comiendo frambuesas de casa, desgarrándose de nostalgia por su pueblo, por su gente, por poder estar simplemente sentada donde estaba ahora sabiendo que su hogar estaba a unos minutos de marcha, que podía levantarse y llegar en un vuelo, atravesando un bosque conocido y amado, a la casa donde olería a guiso de verduras, donde sus hermanas mayores estarían poniendo los trípodes y las tablas para la mesa, donde sus hermanos y su padre estarían limpiando los aperos, el ganado recogido, el fuego calentando la casa, la abuela volviendo renqueante de la fuente con el cantarillo, la madre cortando el pan. En algún momento del futuro, ese futuro en que Enye sería una mujer adulta, digna y sabia, todo eso se habría perdido y, al marcharse el sol, el camino la llevaría por lugares ahora desconocidos para ella has-

ta una mesa larga, larga, donde veinte o treinta mujeres no de su sangre se reunirían frente a unos manjares probablemente exquisitos, pero extraños.

Sin esperar a que el borde superior del sol desapareciera tras el horizonte, se puso en pie y echó a correr como un joven rebeco hacia su hogar.

—Niña, ve a decirle a tu madre que te prepare ropa de viaje.

—¿Nos vamos de viaje, *ada*?

—Tu perspicacia siempre me sorprende, muchacha.

Enye sintió cómo se le calentaban las mejillas, bajó los ojos y salió corriendo hacia su casa. Ella quería a Rutschka y estaba segura de que su *ada* también la quería, pero a veces podía ser tan hiriente... ¿Por qué tenía que reírse de ella de ese modo? Eso es lo que hubiera contestado cualquiera en su lugar. Es como cuando te encuentras con alguien que ha estado unos cuantos días fuera del pueblo y le preguntas: «¿ya has vuelto?». Es algo normal, una forma de expresar tu alegría. Pues no. No con Rutschka. Con ella había que hablar mesuradamente, pensando lo que ibas a decir y diciendo exactamente lo que habías pensado. Bajó el sendero a toda prisa dando puntapiés a las piedras que se cruzaban en su camino, imaginando ya cómo sería salir de viaje, salir del pueblo; pensando qué dirección tomarían, hacia dónde echarían a andar, cuál sería el motivo del viaje. Ella nunca había salido de los límites de Lohol. Conocía otros lugares, pero no por experien-

cia directa sino por lo que había oído contar a los hombres cuando volvían del combate o a los mercaderes que pasaban a veces o al *pater*, que en una ocasión le dijo que a más de una estación de viaje había una ciudad tan espléndida que los palacios de Is parecerían chozas de barro en ella. Cerca del establo de Tolma, al doblar la esquina de la casa de Kydde, se tropezó con Rya que subía en busca del *ada*.

—¡Ya puedes ir a casa a recoger tus cosas, Rya! ¡Nos vamos de viaje con Rutschka! —le dijo sin detenerse.

Ya había llegado casi al final de la tapia del establo cuando un sollozo a sus espaldas la hizo volverse a mirar. Encogida en el suelo junto a la pared de Kydde, Rya lloraba como un recién nacido, así que, a pesar de su prisa, no le quedó más remedio que volver y acullillarse junto a la pequeña:

—Vamos, vamos, Rya. ¿Qué pasa? ¿Por qué lloras?

Rya escondió la cabeza en el hombro de Enye y se le abrazó temblando:

—No quiero ir, Enye, no quiero ir. Quiero quedarme aquí. Quiero quedarme con mi madre. No dejes que me lleve, por favor.

Enye le pasó la mano por el pelo, muy suavemente, como se hace con un animalillo asustado:

—No llores, tonta. Sube a ver al *ada*. A lo mejor no le importa que te quedes. Aún eres pequeña. Dile que no puedes andar tanto como nosotras, que te cansarás y serás una carga. Dile que te deje aquí, que yo haré tu trabajo.

La pequeña se frotó los ojos y la miró con un inmenso agradecimiento y un principio de sonrisa pálida en los labios mojados de lágrimas.

—¡Qué buena eres, Enye!

—¡Anda, ve! Hay que darse prisa.

La ayudó a ponerse de pie y a sacudirse un poco el vestido de los pedazos de hojas secas que se le habían pegado al borde deshilachado. Rya empezó a subir el camino y Enye salió a toda velocidad en dirección a la fuente, confiando en encontrar allí a su madre y ahorrarse el recorrido completo del pueblo. Se alegraba mucho de haber resuelto tan bien el problema de Rya. La verdad era que prefería hacer el viaje sola con el *ada* sin tener que escuchar constantemente las quejas y los sollozos de la pequeña, tratando de no olvidar que era su igual, que era aprendiz de Rutschka como ella, que tenía las mismas posibilidades de ser elegida para Is, que seguramente era tan inteligente como ella, tan especial y distinta como ella misma.

Su madre no estaba en la fuente, así que lo más probable era que estuviera en los campos del límite del pueblo o que hubiera ido al bosque a recoger castañas y bellotas. O que estuviera llevando los cerdos al común o que hubiera ido a buscar leña o que estuviera haciendo compota de manzana o que hubiera ido donde Heike a salar arenques o cualquiera de las cien cosas que hacían las madres a media mañana. Menos cazar y defender el pueblo, todo lo demás era cosa de las mujeres. ¡Y luego Ulf protestaba de que fueran las mujeres las que tomaban las decisiones! ¡Como si los hombres pudieran decidir! Los hombres estaban en los campos,

lejos del poblado. Mirara a donde mirara, no veía más que mujeres en el pueblo, descontando a los pequeños que aún gateaban y los ancianos que, sentados a la puerta, tallaban trozos de madera o piedra blanda que luego serían cuencos, vasos o cucharas. Bueno, estaban Lars, el herrero, y Hodde, el viejo que había construido el horno de carbón donde ahora se cocían casi todas las vasijas del pueblo y que había sido bien aceptado a pesar de que era extranjero; y los Henrikson, que salían a pescar de madrugada y volvían al atardecer como hacían los hombres de las otras familias, que iban a arar los campos o a atender el ganado o salían de caza o iban a luchar entre sí para que sus armas estuvieran a punto y sus cuerpos no se reblandecieran, para cuando se hiciera necesario defender Lohol o mandar una partida a atacar otro pueblo.

Eso era algo que le resultaba curioso imaginar: su padre, un gigante pelirrojo de risa fácil y mano rápida, visto por las mujeres y los hijos de otros lugares como un enemigo, como un monstruo cruel capaz de dar muerte, de violar, de arrancar la ropa del cuerpo de los muertos para llevarla a casa. Y sin embargo debía de ser así. La primavera anterior, al volver de una expedición, le había traído una ajorca de oro a su madre y cintas de seda a ella y a sus hermanas, y un peine de marfil con tallas de animales extraños en el mango, unos animales de enormes orejas y una nariz que arrastraban por el suelo. Todo eso había tenido que quitárselo a otros y quizá hubiera tenido que matarlos, aunque no podía imaginarse a su padre matando a una niña como ella para quitarle sus cintas. Las niñas debían

de haberse escondido como hacían ellas en caso de peligro, salir corriendo al primer toque del cuerno cada uno cuidando de sus hermanos más pequeños a esconderse en la cueva de Fruws, bien metida en el bosque, con un hilillo de agua dulce y comunicación secreta con el mar. Pero no todos los pueblos tendrían la suerte de conocer una cueva de Fruws.

Pasó por la cabaña de Hodde y preguntó a las dos mujeres que se acomodaban las cestas en la cadera, pero ninguna había visto a su madre, así que siguió a la carrera directamente hacia su casa decidida a buscar con un cierto orden. Tuvo la suerte de oír la voz de su madre ya desde el establo de Martte; alguien se estaba ganando una buena reprimenda, así que se quedó donde estaba, recuperando el aliento y esperando a que pasara lo peor. Al cabo de un rato su hermana Rule pasó sin verla protegiéndose con una mano la mejilla enrojecida por la bofetada que acababa de recibir. Enye esperó aún un tiempo y, cuando vio a su madre salir del establo tironeando de Mon, la vaca más vieja de la casa, se acercó pausadamente con su mejor cara de buena hija. Apenas la vio, su madre soltó la cuerda y se la puso en la mano:

—Lleva a Mon al pasto de abajo. Recoge la leña que puedas y vuelve en seguida: hay una montaña de nabos que rascar.

—Madre, vengo con un encargo del *ada*.

La vio alzar los ojos al cielo y apretar los labios, pero siguió en silencio esperando saber.

—Dice que me prepares la ropa de viaje.

—¿Salís de viaje?

Por un momento pensó: «Me admira tu perspicacia, madre»; pero si lo hubiera dicho, se habría ganado un bofetón como el de Rule, así que se limitó a asentir con la cabeza cuidando de dejar la mirada baja.

—¿Cuándo?

—No sé, madre.

—¿Adónde vais?

—No sé.

—¿Cuánto tiempo estaréis fuera?

—No sé, madre. Rutschka no ha dicho nada.

—Saldrán pronto y tardarán mucho —la voz chillona de Heike sonó desde el establo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque antes de ayer Rutschka se transformó en paloma blanca y cuando pasa eso en una noche de luna, hay viaje y dura por lo menos otra luna. Es así.

La madre de Enye meneó la cabeza sin decidirse a decir lo que estaba pensando: que su cuñada era tonta sin solución.

—¿Tú de verdad crees eso de que Rutschka se transforma en paloma?

—Y en lechuza y en lobo —fue la respuesta—. Todas las brujas se transforman.

—Eso no es verdad —se le escapó a Enye.

La mano de su madre, rápida, se estrelló contra su boca sin hacerle demasiado daño.

—Cuando los mayores hablan, los pequeños se callan, Enye. Sí —la interrumpió—, incluso cuando son futuras altas señoras de Is. ¿No es eso lo que ibas a decir?

Enye volvió a sentir la familiar oleada de rabia,

espumosa y caliente, subirle por la garganta hasta los ojos, que empezaron a escocerle y tuvo que cerrarlos para no echarse a llorar como una criatura.

Heike salió del establo secándose las manos en un mandil lleno de agujeros:

—Y tú también aprenderás, Enye. Para eso eres aprendiz de bruja. Pero cuando sepas, ya no hablarás con tu tía Heike y no le contarás cómo es eso de volar sobre los árboles.

—Vamos, Enye, ve a llevar a Mon, trae la leña y vuelve. Yo voy a echar una mirada al arcón. Quizá te puedas poner ya mi manto, y habrá que encontrarte unas botas. Pisa en el barro ahí delante, así puedo ir viendo cuáles te estarían bien mientras tú vas al pasto.

Enye obedeció de inmediato, buscó un lugar junto a la casa donde el barro estuviera liso y tierno y grabó profundamente su pie descalzo para que pudiera apreciarse su tamaño. Luego, con la cabeza baja y sin decir palabra, echó a andar delante de Mon.

—Es casi una mujer —comentó su madre con un suspiro, cuando Enye ya no podía oírla.

—Rápida de genio, como tú. Y guapa.

—Para lo que le va a servir en la vida...

—¿Tú crees que Rutschka la quiere para Is?

—Quisiera que no fuera así, pero ahí nadie puede hacer nada. A mí me gustaría más que se quedara para ayudar a Rutschka, pronto ya estará vieja y, cuando se muera, alguien tiene que curar a los enfermos y ayudar en los malos partos y cuidar de las ofrendas.

—Y mandar vírgenes a Is y hablar con los árboles

y las fieras y velar para que la Señora nos sea propicia y nos dé la victoria en la lucha y el alimento en los campos.

—Sí, cuñada, eso también.

—Así podría casarse.

—Bien me gustaría a mí, cuñada, pero el tiempo lo dirá.

Thorn y Thornstein, los gemelos de Setwa, estaban tumbados en su escondrijo favorito, un repecho en la roca del acantilado, frente al mar, bien protegido del viento del Norte y donde, en un día como ése, con la roca calentada por varias horas de sol y el agua brillando como una espada, uno se podía sentir como un héroe en una de las Islas del Atardecer. Thornstein había robado unas cuantas manzanas de las destinadas a hacer compota y ahora, con la barriga bien llena y el sol dándoles en la cara, en los ojos cerrados, se sentían felices, seguros, llenos de posibilidades, dispuestos a enfrentarse con el mundo y vencerlo.

—Rutschka sale de viaje —dijo Thorn sin abrir los ojos.

—Y nosotros plantados aquí, como un manzano, sin ir más lejos que los campos de Thorma a jugar con la espada.

—Antes o después, cuando seamos guerreros, saldremos también. Veremos grandes cosas, hermano.

—A mí me gustaría verlas ahora.

Thornstein quería preguntarle a Thorn si la muchacha del cabello rojo también se iba, pero ni siquiera a su hermano se hubiera atrevido a hacerle una pregun-

ta que lo ponía tan en evidencia, de modo que siguió callado.

Thorn, sabiendo lo que pasaba por la mente de Thornstein y sin querer herirlo mostrándole lo claramente que podía ver sus pensamientos, añadió:

—La pequeña del pelo rojo, la de los Erikson, la que encontramos en la fuente, la acompaña. Imagínate, más pequeña que nosotros y ya de viaje. ¿Sabes de quién te hablo?

Thornstein tragó saliva y asintió:

—Sí, la mandona que se cree diosa.

Hubo un largo silencio. Se estaba bien allí, ocultos de los mayores, holgazaneando una de las últimas tardes del otoño dorado antes de que llegaran las nieves y las ventiscas, soñando con un futuro de gloria en el que quizá, como Fruwe, el hijo de Rutschka, llegaran a fundar un pueblo propio que llevara su nombre. Entonces seguramente la pequeña pelirroja se consideraría muy afortunada si su madre le ofreciera como esposos a uno de los dos, a él o a Thorn. Aunque para eso faltaban años. Años que estarían llenos de prácticas, caídas, fracasos, dolores, batallas perdidas, batallas ganadas, huesos rotos, dientes escupidos, cicatrices, costurones. Cuando sus cuerpos se hubieran convertido en una envoltura recia, cruzada de marcas, dura como el cuero, igual que los cuerpos de sus padres, de sus tíos, de sus camaradas de armas, entonces serían hombres, podrían tomar una esposa y establecerse en Lohol o en otro lugar, tener hijos y hacerlos guerreros.

—¿Cuándo crees tú que nos llevarán a nosotros, Thorn?

—Supongo que esta primavera.

—¿Y cómo será? ¿Tú te lo imaginas?

Hubo otro silencio punteado por los gritos de las gaviotas que pescaban muy abajo, sobre la espuma del mar.

—Doloroso —habló Thorn por fin.

—¿Mucho?

—Mucho.

Los dos pensaban en el primer combate real, el que les daría el derecho de pertenecer no sólo a la casta de los guerreros sino, simplemente, de ser aceptados como hombres en su propio pueblo.

—Yo no tengo miedo —dijo Thornstein incorporándose sobre un codo y dándose media vuelta para poder mirar a su hermano.

—Yo sí —contestó Thorn sin abrir los ojos, sin mover un solo músculo.

—No digas tonterías. Tú tampoco tienes miedo. Es como si una mujer tuviera miedo de parir.

—Las mujeres sensatas tienen miedo de parir, Thornstein. Sólo las locas dicen que no tienen miedo. Tú las has visto. Tiene que ser un dolor espantoso.

—Pero los guerreros no temen el dolor. Fíjate en Uwe, que apenas es un poco mayor que nosotros. Fíjate en Ulrich, en ese cuerpo cubierto de cicatrices de combate. ¿Tú lo has visto llorar alguna vez? Yo también seré como Ulrich. Yo no tengo miedo a nada.

Thorn abrió por fin los ojos, se sentó y miró de frente a Thornstein:

—¿Tú crees que padre no tiene miedo cuando sale al combate?

—¿De qué? ¿De la muerte? —preguntó Thornstein con ironía.

Si una cosa estaba firmemente plantada en su cerebro era que la muerte es el fin natural de un guerrero y que no hay nada más indigno que morir viejo y enfermo tendido en la propia paja cubierto por el propio techo.

—De la muerte, sí. Del dolor. De no volver. De no vernos nunca más. De dejar a madre sola con unos hijos que aún no son guerreros. De no sentir el sol ni el viento. De todas esas cosas.

—Si creyera que padre tiene miedo, le escupiría a la cara. Y a ti también. ¿No quieres ir a Valhal después de esta vida?

Se puso de pie, ágil como un gato, se acercó en dos pasos al precipicio y, abriendo los brazos como si quisiera volar, se lanzó hacia delante, a un repecho rocoso que había un buen salto más abajo de donde se encontraban.

—¡Mira! —gritaba—. ¡Mira cómo no tengo miedo! ¡Salta tú también, cobarde!

Thorn se asomó al borde y vio a su hermano un gran trecho más abajo, en la roca adonde lo había llevado su tercer salto, su silueta recortada contra el azul plateado del mar, con la cara enrojecida por el esfuerzo y los cabellos rubios ondeando al viento, inconsciente y hermoso como una fuerza de la naturaleza. Sonrió.

—¡Yo bajo por el camino! —gritó para hacerse oír por encima del viento y las gaviotas.

—¡Cobarde! ¡Cobarde!

Thorn sonrió, se metió sus sandalias y las de Thorns-

tein en el cinturón, se dio la vuelta y trepó los pocos metros que lo separaban del sendero que recorría la cima del acantilado. Una vez arriba, se ató las cintas de las sandalias y echó a correr camino abajo para reunirse con el loco de su hermano, que en ese mismo momento, y a pesar de la admiración sin límites que sentía por Thorn, estaba pensando: «En algunas cosas yo soy el mejor de los dos».

El *pater* Ulf terminó su plegaria, hizo la señal de la cruz sobre su frente, su boca y su pecho y, trabajosamente, se alzó del suelo donde había estado arrodillado más de una hora, a juzgar por la vela del altar que casi se había consumido durante su rezo solitario. Le hubiera gustado cubrir con losas de piedra el suelo de su iglesia, pero cuando se ponía de pie después de la oración, solía alegrarse de que fuera de tierra apisonada. Incluso así tenía las rodillas heladas y doloridas, y las piernas entumecidas por el frío y la inmovilidad. Si el suelo hubiese sido de piedra, ni siquiera se habría podido levantar. Apagó la vela con cuidado para no derramar cera líquida sobre el altar, hizo una genuflexión y salió a contemplar la obra divina en toda su gloria: el sol acababa de ponerse dejando un suave color rosado en la línea del horizonte, rosa en el cielo, rosa en el mar. Aún había un reflejo dorado en las nubes más bajas mientras que hacia el cenit el violeta se iba convirtiendo en un azul intenso donde ya brillaban las primeras estrellas. Había empezado a hacer fresco pero sin viento, simplemente ese fresco otoñal

en el que ya se siente el aviso del invierno, de la nieve que acecha desde las tierras del Norte. Abrió los brazos y dio gracias a Dios por la belleza, por la inmensidad y la hermosura del mundo que había tenido la generosidad de entregar a los hombres.

Los hombres. La simple formulación del pensamiento le llevó, de improviso, a la cuestión que más le preocupaba desde que, al término del largo viaje que le había llevado a aquellas tierras, se había instalado allí con la misión de evangelizar a aquellas gentes y hacerles comprender el mensaje divino. Allí los hombres no contaban. Es decir, trabajaban los campos, reparaban los desperfectos, cazaban y guerreaban como en cualquier otro lugar, pero no tomaban decisiones de importancia, salvo las que concernían a la justicia y a la seguridad de la aldea, y desde luego no se ocupaban de cuestiones religiosas. De un modo más bien desvaído creían en un ser a quien llamaban «la Señora», una diosa sin nombre y sin atributos a la que ofrendaban esporádicamente algún animal pequeño o algún puñado de grano y, cuando era necesario, cumplían el rito de entregar al mar el cuerpo del guerrero que más hubiera destacado en la batalla. Por lo demás, la religión no parecía afectarles, aunque juraban por Odín y hablaban de Valhal.

Eran las mujeres las que tenían el control de todo lo que sucedía en el pueblo, las que concertaban los casamientos, repartían las herencias, decidían sobre el futuro de la comunidad. Y ellas sí tenían una religión. Pero una religión sólo para mujeres, secreta, cerrada, basada en lunas y ciclos naturales, en sangres y oscu-

ridad. Un escándalo a los ojos de Dios y un motivo de vergüenza para él, que después de tres años no había conseguido más que un tímido acercamiento de las familias menos importantes, sin que eso significara que sus mujeres hubieran dejado de acudir a los ritos paganos ni hubieran abandonado la costumbre de llamar a Rutschka en cuanto sucedía cualquier cosa.

Esa mujer estaba en todas partes. Era peor incluso que las mujeres de los priscilianistas, porque ellas habían sido, dentro de su abominación, sólo un eslabón más en la larga cadena que el obispo sostenía, mientras que Rutschka era de hecho el obispo de aquella diócesis. La comparación le pareció tan escandalosa que inclinó la cabeza sobre el pecho y pidió perdón en silencio por la blasfemia. No obstante, la verdad era que Rutschka era el ser más poderoso de la aldea, con sus faldas grises y azules, sus manos callosas y su moño gris. Cuando en los días señalados los hombres vestían sus galas rojas, verdes y amarillas, y todos los habitantes del pueblo lucían lo mejor de sus arcones —éste una cadena, aquella mujer un anillo de color, esta niña una cinta de seda en el cabello—, Rutschka, de blanco y rojo, con el cayado en la mano, tenía innegablemente un aura de dignidad, de poder y de fuerza que, en otras circunstancias, habría parecido un perfume de santidad y, de haber sido hombre, la habría equiparado a las grandes dignidades eclesiásticas. Pero era ridículo que los hombres se dejaran llevar de ese modo por sus mujeres, que fuertes y grandes como eran, acabaran siempre diciendo, cuando él se les acercaba con el propósito de mostrarles el camino de

la salvación: «No, *pater*, eso no es cosa nuestra. Habla con las mujeres».

Así que, en contra de todo su ser, había hablado con las mujeres. Y las mujeres ni siquiera se habían reído de él; ni siquiera le habían dado ocasión de ejercitar su humildad y ofrecer a Dios sus trabajos. Lo habían escuchado pausadamente, mientras hacían girar el huso, torciendo el hilo con manos ágiles, y luego, deteniendo el movimiento para estirar el vellón, le habían dicho mirándolo a los ojos:

—Ésa es tu verdad, *pater*; una verdad de hombre. La tuya es una religión de hombres y para hombres, de muchachos que necesitan tener un padre fuerte y poderoso que los proteja y los justifique. El tuyo es un Dios de batallas y triunfos, como el de los pueblos que viven más al Norte, un Dios que es un jefe que conduce a sus hombres a la victoria si luchan bien por él.

—Eso no es cierto —había contestado él—. Mi Dios es también un dulce pastor que conduce a su rebaño por caminos seguros hasta llegar a casa.

—Nosotras no somos ovejas, *pater*. No necesitamos ir todas juntas por la misma senda al mismo lugar. La Señora sabe que somos diferentes y que hay un camino para cada una. Un camino cruzado de dolor a veces, que no siempre es seguro, que nadie puede hacer por nosotras, pero que es el único posible. Y si lo recorres hasta el fin, encontrarás la paz, la dulzura, el puerto tras la tormenta, el fuego del hogar tras una noche de invierno. No queremos más. No pedimos más.

—¿Cómo que no? ¿Acaso no tenéis las famosas Islas del Atardecer donde siempre es primavera y

siempre brilla el sol y los campos dan fruto sin que nadie los labore y los árboles están cargados de frutas jugosas? ¿No tenéis la Isla de Is con sus magas y hechiceras y las Tumbas de los Héroeos?

Aquí los ojos de las mujeres habían brillado por un instante con un destello de diversión y él se había sentido de nuevo niño, bajo la mirada de su abuelo, ignorante, estúpido.

—Las Islas del Atardecer no son para todos, *pater*. Hay que ganarlas de un modo especial si uno desea dedicar a ello su vida. Y la Isla de Is no es más que una comunidad de mujeres santas y recogidas, como he oído que existen entre los cristianos. Conventos, creo que los llaman —Rutschka, una vez más, había demostrado un conocimiento casi diabólico de cosas que no tenía modo de saber.

—¿Veis vuestro error? Las Islas del Atardecer no son para todos, dices. Mi Dios no hace diferencias; todos podemos alcanzar el Paraíso. La religión de Cristo es una religión de amor —había insistido él—, no de batallas. Es un camino recto hacia Dios, igual para todos.

—No pretendemos ofenderte, Ulf, pero tú eres el único cristiano que conocemos. No parece tener mucho amor para nadie, mientras que siempre acompañas a los hombres cuando te lo permiten. Y sí, quizá sea verdad que todos pueden alcanzar el Paraíso, pero sólo es posible lograrlo haciendo el propio camino. No vamos a hacer lo que tú digas para que ese Dios de hombres nos conceda un Paraíso que no deseamos alcanzar.

Eso había sido lo último. Se había levantado y había salido con las mejillas encendidas de cólera del antro oscuro y maloliente donde las mujeres se habían con-fabulado para humillarlo. Estaba demasiado solo para poder hablar con aquella gente, no tenía comunidad, no tenía apoyo. Carecía incluso de un buen conoci-miento de su lengua, lo que le llevaba a tartamudear y dudar entre palabras, como un niño balbuceante, como el tonto del pueblo. Y aquella gente no entendía latín. Incluso una mujer le había contestado con orgullo que no iban a rezar a un Dios desconocido en la lengua que les hubiera sido impuesta por los invasores si sus hombres no hubieran conseguido vencerlos todas las veces que habían logrado penetrar en sus bosques. Él ni siquiera sabía a qué enemigos se refería, ya que podía haberse tratado realmente de las legiones romanas, aunque habría supuesto una memoria de generaciones, y tam-bién podían haber sido jutos o incluso francos o cual-quier tribu desconocida para él. Era como vivir en otro mundo. Era demasiado difícil. Él había pensado que no tendrían creencias propias, que sería fácil estable-verse allí, aprender la lengua, mostrar lo evidente de la religión de amor y de perdón que, por la gracia de Dios, les había traído hasta sus mismas casas. Pero no había sido así.

Habían sido buenos con él, sin embargo. Le habían enseñado su lengua y sus costumbres, le habían dado de comer durante el primer invierno, cuando habría muerto si no hubiera sido por la caridad del pueblo. Le habían ayudado un poco en la construcción de su iglesia pensando que era una casa extranjera, parecida

a la de Rutschka, la sanadora que había acudido junto a él cuando le dio una fiebre que en cualquier otro lugar habría sido mortal. Dios se había servido curarlo, a pesar de las cosas horribles que Rutschka le había hecho tragar aprovechando su debilidad, y él lo había interpretado como muestra de la voluntad divina de que siguiera donde estaba y continuara su tarea hasta el final. Poco antes de las fiebres había estado a punto de renunciar y marchar hacia el Sur, a intentarlo en otro pueblo donde la gente fuera más receptiva o menos recalcitrante o más latinizada, pero después de su milagrosa curación había visto claro que su misión era ésta y sólo de esta misión debería rendir cuentas al fin de sus días; a pesar de Rutschka y su diosa, a pesar de Is, a pesar de todo lo que no comprendía, de su soledad, de su nostalgia.

Miró hacia el mar, a sus pies, que ya se había vuelto oscuro, preguntándose si alguna vez, ya anciano, podría mirar ese mismo paisaje sabiendo que había unas docenas de almas salvadas en Jesucristo.

El día amaneció gris y frío, cargado de una humedad pegajosa que pronto se transformaría en llovizna, una de esas lloviznas persistentes, inacabables, que iban calando poco a poco el manto del viajero hasta dejarlo empapado sin que casi se hubiera dado cuenta hasta el momento en que empezaban a sacudirlo los temblores. Rutschka pensó por un instante posponer la partida. Luego rechazó la idea pues, aunque probablemente habría sido lo más sensato, no quería dar a Enye la impresión de que los asuntos de importancia